

The illustration depicts a man and a woman in a courtyard. A thick, braided rope is suspended from the top, forming a large loop that encircles both figures. The woman, on the left, is dressed in a blue shawl and a long pink skirt. The man, on the right, wears a green jacket and blue trousers. They are looking at each other. The background shows a building with green window shutters and a hanging lantern. The ground is a mix of cobblestones and dirt. The entire scene is framed by a wooden border.

**UNA VIUDA
DIFÍCIL**

**CONRADO
NALÉ ROXLO**

Farsa en tres actos sobre una mujer dispuesta a casarse con un condenado a muerte para salvarlo.

PERSONAJES

ISABEL
DON COSME
GALÁN
RITA
PEDRITO
JUSTINA
VÍCTOR
NIEVES
MARIANO
VERDUGO
ALCALDE
PREGONERO
FRAY LUCINDO
SERENO
MANCEBO DEL SASTRE
PINTOR
VEJETE
CANTOR
GUITARRERO
UN AMIGO
OTRO AMIGO
MISIA JOVITA
MISIA MICAELA
MISIA MARIQUITA
SOLDADOS, ALGUACILES, PUEBLO

Estrenada en el teatro Odeón el 21 de abril de 1944

ACTO I

CUADRO I

Interior de una platería en el Buenos Aires colonial. Al foro, ventana enrejada que da a un estrecho callejón. Formando ochava con la pared de la izquierda, la puerta de entrada, por la que se ve un pedazo de la calle. A la derecha, puerta que da al interior de la casa y que cubre una alegre cortina de colores vivos. Avanzando de esa puerta, hacia el foro, un mostrador sobre el que habrá cuadros de terciopelo rojo y azul con exvotos^[1] de plata. En todas las paredes, altos anaqueles con platería y algunas finas guitarras taraceadas. Entre la puerta y la ventana de la izquierda, un espejo. En primer término, un gran arcón que sirve de asiento. Frente a la ventana del foro, una mesita y sillas. En las ventanas, jaulas con pájaros y muchas flores. El conjunto debe ser alegre pulcro y rico, digno marco de Isabel, la bella platera, a quien vemos al levantarse el telón en los últimos peldaños de una escalera, pasando el plumero por el anaquel del foro. Es una hermosa mañana de sol y de verano. Aparece don Cosme en la puerta de calle; se detiene un momento contemplándola extasiado; luego da unos pasos dentro de la escena y, sin dejar de mirarla golosamente, toma un polvo de rapé y estornuda.

ISABEL (sorprendida).— ¡Jesús! (Se da vuelta y sentándose en lo alto de la escalera deja caer los brazos a lo largo del cuerpo con desaliento y suspira.) ¡Ah!, era usted, don Cosme.

DON COSME.— ¡Hija, lo dices de un modo!... ¿Es que

no te gusta la clientela seria?

ISABEL.—Clientela seria... Ésa es la que estoy esperando desde que murió mi pobre marido, que en gloria esté. (*Suspira. Transición*^[2].) ¿Sabe, don Cosme, que hoy también ha perdido usted?

DON COSME.—¿Qué es lo que he perdido, además del sueño y el corazón, bellísima Isabel, flor de las viudas de la colonia?

ISABEL.—Una carrera que corre usted todas las mañanas y en la que viene a ser, guardando el respeto debido, uno de los caballos.

DON COSME.— ¡Caballo!... Pero prosigue, Isabelita, que labios rojos no ofenden, y, por otra parte, se conocen caballos muy ilustres: el de Troya, cantado por Homero; Bucéfalo, que fue cónsul romano^[3]...

ISABEL.—Usted corre con el del lechero. Me pregunto siempre al levantarme quién de los dos llegará primero. Y hoy le ha ganado el tordillo de Uribelarrea. (*Baja de la escalera riendo y va a colocarse detrás del mostrador.*)

DON COSME (*un tanto ofendido*).—Hija, gastas unas bromas...

ISABEL (*profesional*).—¿Deseaba usted algo?

DON COSME (*suspirando*).—¡Ay!, Isabel, cruelísima Isabel, bien sabes tú lo que deseo. Ayer, sin ir más lejos, le decía al señor deán que aquí, en tu ambiente, parecías una perla rosada en engarce de plata.

ISABEL (*que ha estado repiqueteando con los dedos en un objeto de plata*).—Y el señor deán, ¿qué le respondió?

DON COSME.—Que una de estas tardes se llegaría por aquí, pero yo le dije que no se había hecho la miel... je, je. (*Se pavonea.*)

ISABEL.—En eso estamos. (*Saliendo de detrás del mostrador y acercándosele.*) Bien, don Cosme, ¿desea usted algo, en objetos de plata, se entiende?

DON COSME.—Este... sí... quisiera algo como para re-

galar a una niña que se casa.

ISABEL.—¿Alguna de sus nietas?

DON COSME.—¿Nietas?... Pero ¿me crees tan viejo?

ISABEL.—¿Pero no tiene usted tres nietas, don Cosme?

DON COSME (*fastidiado*).—Sí, claro, como tenerlas, las tengo, pero son de mi primer matrimonio y por respeto a mi nueva esposa he olvidado todo lo que a la otra se refiere. Tacto, Isabelita, delicadeza.

ISABEL.—¿Y el pellizco que me dio usted la otra mañana en donde Dios me perdone, era tacto?

DON COSME (*conciliador*).—Vamos, hija, que esa severidad no sienta bien a tu juventud, ni a tu belleza, ni a tu estado. ¿Qué diría el difunto si levantara la cabeza?

ISABEL (*dando un respingo*).—¡Eh, mi marido!

DON COSME.—Sí, hija, sí. Tú heredaste, y que Dios te los conserve por muchos años, sus bienes materiales, pero tienes también la obligación de recoger su herencia moral, de continuar sus normas, su modo de ser; y él era tan dado, tan cordial, tan efusivo, tan abierto... Dondequiera que me encontrara se me abalanzaba diciendo: ¡Venga un abrazo, don Cosme! (*Intenta abrazarla, pero Isabel le da un empujón que lo hace trastabillar; él se agarra los riñones, diciendo:*) ¡Ay! ¡Ay! (*Isabel corre al mostrador y toma con violencia una jarra de plata, con la que vuelve como si se la fuera a estrellar por la cabeza, pero, cambiando de actitud, se la ofrece.*)

ISABEL.—He aquí el mejor regalo para una boda. Plata del Perú, sin aleaciones y bien maciza.

DON COSME (*sopesando la jarra*).— ¡Pero si es una pluma! (*Al devolvérsela intenta acariciarle la mano, pero ella se la deja caer, intencionalmente, en un pie.*) ¡Ay! ¡Ay!, me has destrozado la espinilla y el metacarpio. (*Deja caer el bastón y salta en un pie agarrándose el dolorido.*)

ISABEL.—Pero ¿no decía usted que era una pluma? (*Le recoge el bastón y se lo entrega.*)

DON COSME.—Ya veo, ya veo que tiene buen peso.

Mañana vendré a verla con más detenimiento. *(Se va cojeando.)*

ISABEL *(desde la puerta)*.—Cuidado con las piedras, don Cosme. *(Se vuelve, entre risueña y enojada, detrás del mostrador.)*

GALÁN *(entrando)*.—Buenos días. Vengo a ver si ya está el freno...

ISABEL *(con retintín)*.—Su freno estará, como se lo vengo diciendo todos los santos días desde hace una semana, el quince; así es que no tiene que molestarse en venir a preguntar.

GALÁN.—Es verdad; ¡qué memoria la mía!... *(Se queda embobado mirándola.)* Entonces volveré esta tarde. Buenos días... *(No se decide a irse.)*

ISABEL.—¡Uf! *(Plumerea nerviosamente.)*

GALÁN.—¿Decía algo, señora?

ISABEL.—Nada, las moscas.

GALÁN.—¡Ah, sí! Entonces hasta luego. *(Al irse el Galán, volviendo la cabeza para mirar a Isabel, se da un encontronazo con Rita, que entra con un cirio muy adornado en la mano.)*

GALÁN.—Dispense. *(Termina de irse.)*

RITA.—El gusto es mío, caballero. *(Mirándolo embelesada.)* ¡Qué galán! ¡Casi me arranca un hombro, pero con una gentileza! *(Corre a mirarlo por la ventana.)*

PEDRITO *(entrando con un mate de plata en una mano y una diamela en la otra, que trae oculta a la espalda)*.—Buenos días, señora Isabel...

ISABEL *(toma un mate de un estante y se lo da a cambio del que él le trae)*.—Toma el mate, dame el mate. Ahora dame la flor. *(Él se la da.)* Y ahora vete porque se te va a enfriar el agua.

PEDRITO *(se va sin dejar de mirarla muy arrobado)*.—Sí, señora, sí...

RITA.—¿Y eso?

ISABEL *(prendiéndose la flor en el pelo)*.—Es el hijo del

boticario de la Recova. Hace un mes que me compró un mate, y todos los días viene a cambiármelo con diferentes excusas y a traerme una diamela. Hace un mes, y no tengo más que veinte mates, lo que quiere decir que ya estamos en la mitad de la segunda vuelta. ¡Dios me dé paciencia!

RITA.—¿Y no se te ha ocurrido pensar que a lo mejor viene por verte?

ISABEL (*con exagerada y falsa incredulidad*).— ¡Qué he de pensar, mujer! ¿No te sientas?

RITA.—No, que voy de prisa. Quería un corazoncito de plata para San Antonio. Le llevo también esta vela.

ISABEL (*mostrándole los que hay sobre el mostrador*).— Aquí tienes para elegir. Mira, éste es muy bonito.

RITA.—Prefiero este otro, atravesado por la flecha de Cupido y con dos gotitas de coral representando la sangre de tan dulce herida. A ver si el santo me escucha de una vez... Bueno, el pobre no tiene la culpa: lo aturden pidiéndole gollerías. Que quiero un novio así que quiero un novio asao... Yo, ya se lo he dicho con toda franqueza: que me dé lo que pueda, pero pronto. ¿No te parece? Porque a una también se le puede pasar la juventud.

ISABEL.—Naturalmente. A novio bajado del cielo, no hay que mirarle el pelo^[4].

RITA.—¡Eso digo yo, aunque sea calvo! (*Con envidia*.) Qué suerte tienes tú, siempre con la casa llena de hombres... ¡Es como el paraíso terrenal!

ISABEL.—En el paraíso terrenal había uno solo, y casado con la dueña de la casa.

RITA.—Bueno, esto viene a ser un paraíso más poblado... ¡Y tú la manzana en fuente de plata!

ISABEL.—Eso quisieran ellos: la manzana servida. (*Sueñan campanas.*)

RITA.— ¡El tercer toque! Me voy corriendo, que ya debe de estar la iglesia repleta con todas las viejas incansables de la ciudad, llenándole la cabeza de tonterías al pobre San Antonio. ¡Me voy corriendo, que si no lo voy a pescar cansa-

do y de mal humor! (*Sale como un torbellino.*)

ISABEL.—Adiós, Rita y que el santo te lo depare bueno.

JUSTINA (*apareciendo en la ventana, trae una canasta en la cabeza cubierta con un paño blanco, y pregona.*)— ¡Mazamorra fresca!... ¿Quiere mazamorra, niña Isabel?

ISABEL.—Sí, Justina, entre.

JUSTINA (*entra, deja la canasta en el suelo y se sienta en el arcón dando un suspiro y abanicándose con una pantalla de palma.*)— ¡Uf, qué calor hace ya por esas calles!

ISABEL (*arrima una silla y se sienta enfrente.*)—Descanse un rato; aquí está fresco. (*Queda un momento pensativa.*) Dígame una cosa, Justina, ¿usted es viuda?

JUSTINA (*suspirando.*)—Viuda, sí.

ISABEL.—Desde hace mucho, ¿no?

JUSTINA.— ¡Uy!, hace tanto, que me parece que siempre he sido viuda.

ISABEL.—Usted era muy buena moza de muchacha, ¿no es cierto?

JUSTINA.—Así se murmura.

ISABEL.—¿Y cuando enviudó la debieron festejar mucho?

JUSTINA.— ¡Y claro, es la costumbre!... Usted sabe, niña, cómo son los hombres; hacen como en la guerra; cae uno y el que está más cerca se siente obligado a llenar la brecha, cosa de amor propio... Parece ser que ya durante el velorio de mi finado, que Dios perdone, sus mejores amigos me jugaron al truco.

ISABEL.—¡Qué vergüenza!

JUSTINA.—Sí, niña, fue una vergüenza que dio mucho que hablar y se hicieron muchas bromas. ¡Imagínese que entre tantos criollos me ganó un gallego!

ISABEL.— ¡Pobre Justina! Me hago cargo de lo que habrá tenido que luchar para defenderse...

JUSTINA.—No vaya a creer...

ISABEL.—¿No?

JUSTINA.—No, niña; en aquel tiempo las mujeres éra-

mos muy sometidas, y las viudas más... Y, como dice el refrán, el muerto al hoyo y el vivo al bollo^[5].

ISABEL.—¡Y el bollo somos nosotras, las viudas!

JUSTINA.—Y así es la vida...

ISABEL.—¡Así es la indecencia! ¡A mí me tienen loca!... Todo el día es aquí un entrar y salir de hombres, que más que platería esto parece taberna. Y lo peor es que me han corrido la clientela de señoras. Ya no se atreven a venir, y ellos nunca compran nada. Parece que desde que falta mi marido ya no hubiera plata que vender. Bajo los precios, traigo de lo mejor, pero nada... «volveré mañana»... «voy a ver»... ¡Esto es lo único que quieren, volver mañana, ver... y tocar, si me descuido un poco! ¡Peste de hombres!

JUSTINA.—Y a usted, niña Isabel, ¿no le gusta ninguno?

ISABEL.—¿Gustarme?... ¡Qué sé yo!... Si hablaran de casamiento... Pero de eso no hay cuidado, y yo, Justina, soy una mujer honrada.

JUSTINA *(se levanta con un suspiro)*.—¡Ay, niña!, es tan difícil que a nosotras nos dejen ser honradas, pero, en fin, se ven tantas cosas...

ISABEL.—Lo que es a mí, me verán morir de hambre, cerrar la platería, entrarme de monja, cualquier cosa, pero eso no.

JUSTINA.—¡Ay, niña, usted siempre tan exagerada!... Bueno, voy adentro a dejarle la mazamorrta a la Nieves y salgo por el fondo.

ISABEL.—Vaya, Justina, y dispense el mal humor, pero es que me sacan de quicio. *(Dice las últimas palabras en la puerta de la derecha, por la que acaba de pasar Justina. Después se dirige al mostrador y arregla los objetos de plata, dejando caer alguno. Se ve que está muy nerviosa.)*

VÍCTOR *(apareciendo en la puerta, la contempla un instante, pues ella está de espaldas, y luego entra)*.—¡Isabel!

ISABEL *(dándose vuelta rápidamente y dejando caer lo que tiene en las manos para llevárselas a la cara)*.—¡Víctor! *(Corren el uno hacia el otro y se estrechan las manos.)*

¿Cuándo llegaste?

VÍCTOR.—Anoche, en el barco inglés, y me ha faltado tiempo para venir a verte.

ISABEL (*conduciéndolo al arcón*).—Ven, siéntate... Parece que te hubiera traído el ángel de la guarda... ¡Me sentía tan sola, tan triste!... ¿Tú ya sabes?

VÍCTOR.—¿Tu casamiento? Sí; me lo escribió mi hermana a Salamanca. Lo que recién he sabido al llegar fue que enviudaste.

ISABEL (*como dando excusas*).—Ponte en mi caso, Víctor; al morir papá, sola, sin experiencia al frente de la platea, sin saber cómo darme vuelta... Julián era su primer oficial... me quería, era bueno, trabajador... Todos estuvieron de acuerdo... Además, nosotros nunca...

VÍCTOR.—Nosotros nunca habíamos sido novios, hasta ahora. (*Le toma el rostro con ambas manos y la besa.*)

ISABEL (*conservando en sus manos las de él*).— ¡Oh, Víctor!... (*Después, como vencida por su emoción, inclina la cabeza en su pecho.*)

VÍCTOR (*mira inquieto hacia la calle por la ventana*).—Cuidado, nos pueden ver.

ISABEL (*acercándose más a él*).—Que nos vean, ¡mejor!

VÍCTOR (*se aparta sin violencia y entorna la ventana*).—La prudencia nunca está de más. (*Ella frunce el ceño con desagrado, pero después sacude la cabeza, como apartando un mal pensamiento y vuelve a sonreír, dichosa.*) ¡Qué bonita eres! Con razón me dijeron que eras la viudita más festejada de la ciudad.

ISABEL.—No me llames viuda, por favor.

VÍCTOR.—Yo no te he dicho viuda, sino viudita. Hay una diferencia, un distinguo, como dicen los teólogos: el que va de una pasa de higo reseca y enharinada a una breva entreabierta y destilando mieles.

ISABEL.—Lo dices muy bien, Víctor, pero es lo mismo; quiero olvidar estos años que estuviste lejos, darlos por no vividos, y si tú no me los recuerdas me será más fácil, pues

tu presencia lo borra todo y a tu lado me parece que soy una niñita que abre por primera vez los ojos a la vida para que tú me la enseñes, para que me digas el nombre de todas las cosas, porque tú eres el único que lo sabe.

VÍCTOR.—Yo sólo sé un nombre: Isabel.

ISABEL.—Isabel... Es como si por primera vez me hubieran llamado desde un sitio hermoso. ¡Ay, Víctor, me siento tan feliz, que, que...!

VÍCTOR.—Que te parece mentira.

ISABEL.— ¡No, eso no! Si la dicha es lo único verdadero, todo lo demás son invenciones del diablo, telarañas que teje para ocultarnos las flores. Si la tristeza fuera lo cierto, no se habrían borrado todos estos años desabridos en cinco minutos de felicidad.

VÍCTOR (*con amable broma*).—Caramba, Isabel, qué gran profesor de retórica habrías hecho tú en Salamanca^[6].

ISABEL.—Y ya ves... no soy más que una alumna atrasada de amor.

VÍCTOR (*besándola*).—Pues estudiemos juntos.

ISABEL (*conteniendo suavemente las efusiones de él*).—Bueno, ahora cuéntame tu vida en España.

VÍCTOR.—Poco hay que contar; hambre en las pensiones y aburrimiento en las clases; salir de tuna^[7] y andar a los garrotazos.

ISABEL.—¿Y pelar la pava^[8] en las rejas?

VÍCTOR.—También... buscando unos ojos que se parecieran a los tuyos.

ISABEL.—No me lo digas, que no quiero ponerme celosa.

VÍCTOR.—Pues se cierran las rejas...

ISABEL.—¿Y terminaste los estudios?

VÍCTOR (*con fingida prosopopeya*).—Señora, tiene usted el honor de hablar con un licenciado en leyes por la muy docta Universidad de Salamanca.

ISABEL (*en el mismo tono*).—Seré entonces la señora li-

cenciada.

VÍCTOR (*con gesto de disgusto que ella no capta, se levanta*).— Tengo que irme.

ISABEL.—¿Tan pronto?

Víctor.—Toda mi parentela está esperando mi visita. Tú sabes cómo son de quisquillosos, y como necesito de ellos para abrirme camino...

ISABEL.—No será necesario que el camino sea muy ancho; cuando dos se quieren ocupan muy poco sitio. (*Mimosa.*) ¿No es verdad, Víctor?

VÍCTOR.—Sí, claro...

ISABEL (*enfurruñada y mimosa*).—No parece decirlo con mucho entusiasmo...

VÍCTOR.— ¡Oh!, no seas tonta. (*Vuelve a besarla.*)

ISABEL (*abandonándose*). — ¡Ay, Víctor!, nunca creí que la felicidad pudiera costarme tan poco y que Dios fuera tan generoso conmigo.

VÍCTOR.—Sí, sí... Mira, Isabel, ahora tengo que irme, pero luego quiero verte.

ISABEL.—¡Y yo también, no faltaba más! Le pediré a Rita que me acompañe a la Alameda. ¿Sabes?, todavía está el banco en que de chicos nos comíamos las moras que robábamos en la quinta de los frailes.

VÍCTOR.—Preferiría venir aquí... esta noche.

ISABEL.—Lo que tú quieras, Víctor. Conversaremos por la reja.

VÍCTOR.—Isabel, ya no somos niños. ¿Qué necesidad tenemos de rejas ni de Ritas? Mañana estaría enterado todo Buenos Aires y comenzarían las murmuraciones.

ISABEL.—¿Y qué? ¿No soy libre?

VÍCTOR.—Tú sí, pero yo... Escúchame, Isabel. Tengo que aparecer sin compromisos. Mucha gente ayuda a subir a los jóvenes con la esperanza de casarlos después con sus hijas. Hay que dejarlos que ceben el pavo creyendo que van a comérselo. Tú eres viuda y libre y nadie te pedirá cuenta de tus actos... Además, seremos discretos. Nuestro